

LA VEJEZ NORMAL Y PATOLÓGICA

Dr. Luis Alfonso Ramírez Gómez

Señor

Juez Civil Municipal

Presente.

Como peritos médicos nombrados para estudiar síquicamente a la Señora X Y nos permitimos informar a usted sobre el resultado de tal estudio.

Antes de sacar conclusiones generales y definitivas, queremos, para que no haya lugar a tergiversaciones o malas interpretaciones sobre nuestro peritaje, según amenazas telefónicas que ya hemos recibido y para mayor claridad en nuestro informe, transcribir algunas nociones que son clásicas en siquiatria y relativas al caso de que nos ocupamos.

Ante todo empezaremos, —para tenerlo luégo bien presente—, por describir lo que es la vejez biológica y los cambios normales que en ella se presentan. La vejez es un acontecimiento estrictamente personal y por ello muchísimo de lo que aquí transcribiremos no estará de acuerdo con el estado sorprendente de Doña X Y. Es el término normal y natural de la evolución del sujeto en el tiempo, y al cual llegan la mayoría de los seres humanos si en su camino no se atraviesa un inoportuno folidol, una bala bandolera, una enfermedad o un mal médico. Por esta razón, por ser personal, la vejez difícilmente puede estar sujeta a normas cronológicas generales respecto de su comienzo. Se admi-

te sí, y parece que en este punto los autores no discrepan, que más allá de los sesenta o sesenta y cinco años, el ser humano empieza a decaer física e intelectualmente en forma lenta y progresiva sin que esto pueda ser tenido como regla o axioma puesto que la historia nos habla de innumerables casos semejantes a los de nuestro Javier Pereira, del recientemente muerto Sir Winston Churchill, de Bernardo Shaw, del panclista y aventurero Casanova que después de haber jugado con su vida y con su espíritu en innumerables lances escribía, ya casi octogenario y pleno de lucidez, las memorias que han hecho que perpetúe su recuerdo a pesar de tanta su mediocridad y tantos sus crímenes como el de enamorar groseramente ancianas ricas. Muchos son los octogenarios a quienes la marcha ineluctable del tiempo no ha afectado su espíritu ni tampoco su energía física como el célebre mariscal Hindenburg, a quien a los 85 años, el fuerte pueblo alemán lo proclamaba bajo la divisa de: "Quien vota a Hindenburg derrota a Hitler".

Entra en escena la vejez, más que por el cúmulo de años, por la aparición de ciertos signos de desgaste orgánico aparentes en la mayor parte del organismo. El porte del viejo viejo, denota rasgos de un apreciable deterioro: la talla es pequeña, el peso es bajo, la piel apergamizada, está generalmente manchada por el cloasma típico de la edad del lado del aparato circulatorio, el corazón es grande, aumentado en todos sus diámetros. En veces, cuando hay ateromatosis, se advierten signos aórticos de esclerosis. El pulso es bajo y generalmente existe hipertensión arterial. Fácilmente fatigable y falto de vigor general, el viejo es propenso a la quietud, a la tranquilidad y al sedentarismo. Bello es contemplar esas legiones de ancianos que hacen reventar la flor de nuestro cariño sentados en armoniosos y humanitarios grupos frente a los parques infantiles de países que cuidan de sus niños y sus ancianos, haciendo remembranzas y sin duda viviendo de nuevo en los que miran brotar al vértigo de la existencia. No es frecuente encontrar, a pesar de la flaqueza general corpórea, que todos los órganos sistemáticamente envejecan en el viejo. Hay vejezes electivas viscerales que guardan relaciones directas con aquellas dolencias que crónicamente, en el transcurso de la vida, han molestado al individuo. Así también se puede decir que hay vejezes espirituales selectivas en personas aún jóvenes que afectan aquellas partes del alma que desde temprana edad les ha penetrado el morbo de la ambición o el hediondo bacilo que pudre el alma del farsante y del irredento vividor de los bienes conseguidos honradamente y en dura lid por un hombre ya muerto.

Pero en general, —continuando nuestra transcripción—, las alteraciones orgánicas en los ancianos son muy apreciables. Del lado del aparato respiratorio, la caja torácica está caracterizada por cierta atrofia muscular y tendencia a la osificación de los cartílagos. El juego de la caja torácica está comprometido y como decía Demange "el viejo, como el enfisematoso, respira como en una atmósfera confinada".

El sistema digestivo asimismo presenta perturbaciones: los dientes caen poco a poco, la mucosa bucal es lisa y la lengua muestra no raras veces atrofia papilar. La masa intestinal, a causa de la inflexión de la columna vertebral, está empujada hacia adelante. El hígado, pálido y amarillento, es víctima en ocasiones de un comienzo de degeneración grasosa. No faltan las hemorroides ni la constipación.

El aparato genito-urinario es presa de molestias subjetivas. Aparecen en la noche micciones frecuentes que obligan al sujeto a levantarse permanentemente interrumpiendo su general escaso sueño. La micción es muy a menudo difícil por causa de la atonía vesical y de los músculos de la uretra posterior. El chorro urinario es débil, en espiral, cayendo sus últimas gotas con lentitud que ofusca. Ya el sutil placer de una orinada amplia, juvenil, pasa a ser más bien un tormento. La actividad sexual disminuye, aún cuando no son raros —y hay que tenerlos muy presentes—, los casos de vejezes sexualmente poderosas como la de Goethe que llegando ya a los 80 años, conoce en Mariembad a Ulrike, de dieciocho años, y escribe la "Trilogía de la pasión", grito desesperado y consciente de su sexualidad activa. Si el apetito sexual disminuye en los viejos, es normalmente reemplazado por fantasías eróticas, por satisfacciones visuales o por los *enamoramientos tardíos*, inexplicables para el vulgo, y "platónicos".

Todo lo anterior es apenas mera guía para entender a un viejo. Pues lo más importante en esta edad es su sicología especial. El viejo normal es un funcionario de la vida sentimental. El círculo de sus intereses varía de acuerdo con las tareas, labores y ocupaciones de su vida anterior. Quién estuvo acostumbrado a vivir una vida muelle, a no hacer nada, a que su consorte le diera todo lo que reclamara, así quedaría ser en su senectud. Pero siempre, siempre adviértese una *necesidad de afecto* en todas sus manifestaciones aún las más simples y nimias. Hay en él, a la vez que propensión hacia la vida del cariño y del mimo, una satisfacción íntima en ella y una *búsqueda* de los grandes o pequeños placeres que allí se le ofrecen. El equilibrio máximo de esta

tendencia del viejo normal se realiza indiscutiblemente en el seno del hogar. Aquellos que sufren el descalabro de esa organización por muerte del consorte y falta de hijos, flaquean por el aspecto afectivo, lo que explica lógicamente que se engolfen súbitamente en aventuras matrimoniales tardías, sin razón de ser para cualquier observador no conocedor de la sicología del viejo, y sean explotados, engañados y robados por aquellos nauseosos e incultos comerciantes sentimentales que encuentran pábulo fácil para su industria de degenerados en aquellas viudas recientes y solitarias pero que han recibido una gran herencia, por ejemplo. Al lado de esta *necesidad* de afecto que caracteriza al viejo, surge en ocasiones un surtidor emocional ricamente expresado. Una disposición especial de la vida emocional que hace al sujeto más sensible a los estímulos que habitualmente estremecen esa zona de la personalidad. Los motivos de ternura, de compasión, de piedad, de alegría, de bondad, son valorados por el viejo en una forma máxima y definitiva; experimenta la conmoción vegetativa más intensamente y sus reacciones son asimismo más intensas y fuertes. De ahí el hecho de *las fugas precipitadas y casi ciegas* del "hogar" o de un sitio en donde su necesidad de afecto no es satisfecha en busca desesperada de lo que normalmente ansían con tanto ímpetu: cariño y comprensión. Solamente el viejo normal se fuga del ergástulo espiritual en donde lo confinan o los familiares sin alma o los aventureros del amor que usan la patente de corso de un matrimonio viciado de nulidad para acribillar a su víctima.

El viejo, el que ya ha traspasado la cincuentena de inviernos, se aferra fuertemente a lo que tiene, a lo que es suyo por derecho propio, a lo que ya no será pábulo próximo del tiempo, a lo que puede ser fuente del afecto que es su meta. Se aferra al dinero y a un hogar y es su máxima complacencia disponer a su modo de sus intereses. Quieren más que nadie ser dueños de lo suyo y disponer de ello a su antojo así los tilden de desequilibrados, lo que explica, junto al deseo siempre insaciable de adquirir más cariño, tantas absurdas donaciones, tantos regalos novelescos.

En la esfera intelectual es normal que el viejo no pueda adquirir más capital síquico. Es la edad de las "memorias". Hay suspensión de la fuerza y de la capacidad asimiladora para los hechos nuevos conservando sí los grandes esquemas de la vida intelectual como crítica de los actos propios y ajenos, juicios éticos, organización del pensamiento y

posición personal frente a la vida y sus problemas. Y aún cuando hay disminución de la capacidad analítica y abstracta y astenia en la creación personal, no se advierte en el viejo normal ningún signo de deficiencia intelectual. Antes, al contrario, no es raro encontrar mesura-discreción, equilibrio ponderado, conceptuosidad y en veces sutil ironía y siempre atinación en los consejos haciendo más feliz la frase de Fenelón: "La experiencia nos ha hecho sabios", puesto que la ancianidad es experiencia.

Ya el ilustre Jesuíta aragonés Baltazar Gracian, con la exquisitez propia de su genio y del amplio conocimiento que tenía del ser humano en todas sus etapas, había advertido en su "Criticón" los rasgos fundamentales del siquismo del viejo normal. Dice así: "... Repara en aquel semiciego: pues más descubre él, en una ojeada que echa, que muchos garzones que se precian de tener buena vista, que al paso que van perdiendo estos sentidos van ganando en entendimiento: tienen el corazón sin pasiones y la cabeza sin ignorancia. Aquel que está sentado porque no puede estar de otro modo, camina medio mundo en un instante y aún dicen que le trae en pié y con aquel báculo le lleva al retorno. Aquel otro, asmático y balbuciente, dice más en una palabra que otros con ciento. No pases por alto aquel lleno de achaques, que no se le ve parte sana en todo su cuerpo; pues de verdad que tiene el seso muy entero y el juicio muy sano. Aquellos de los malos pies, pisan muy en firme, cojeando ellos, hacen asentar el pié a muchos. No son flemas las que arrancan aquellos senadores de sus cerrados pechos, no son sino secretos podridos de callados".

En la esfera volitiva, en los constitutivos del acto voluntario, la meditación, la preparación y la decisión tampoco muestran fallas notables en el viejo normal. Su libre determinación por consiguiente en lo que hace a sus actos, ya sean ellos nimios, ya sean ellos importantes, está conservada en su totalidad. Por lo que hace a la sugestibilidad, es lo cierto que no son más sugestionables que el resto de la comunidad humana en igualdad de condiciones.

Tienden algunos tratadistas a aceptar y describir graves estados pasionales en los viejos aún normales. Es así como se les asigna toda la escala de los pecados capitales, desde la avaricia hasta la gula. Empero, es lo cierto que en un sujeto equilibrado, el estado pasional patológico no es patrimonio de la vejez normal, sino que marca el camino

hacia la decrepitud senil. El más común de esos estados es la avaricia (trasunto natural del egoísmo patológico) y respecto del cual se expresa como sigue Lacassagne: "... ¿Es el viejo siempre un verdadero avaro? Todos los viejos no lo son. Y entre aquellos que son víctimas de este vicio, de este pecado capital, acaso se encuentren hombres que, en el curso de su anterior existencia, han dado muestras de su disposición a acaparar y a acumular dinero". Por lo general, en la vejez, no existe vicio patológico, avaricia morbosa, sino deseo último de guardar recursos para sus propias necesidades y satisfacción de sus ansias de afecto.

En la esfera de la conducta moral la aparición de actos inmorales en un viejo, marca indefectiblemente el comienzo de su decadencia. No es concebible una vejez íntegramente normal con actos inmorales. Estos, se observan con especial frecuencia en la esfera sexual y los atentados al pudor, los atracos eróticos, los actos exhibicionistas, las masturbaciones públicas y otras aberraciones son frecuentes. En cambio la vejez normal no se matiza de esta clase de acontecimientos. A lo sumo se observa el viejo levemente verde, pellizcador y amante del piropo, lo cual es apenas una defensa contra la irremediable decadencia sexual. No hay que confundir ciertas conductas sexuales a que son propensos algunos viejos normales que han llevado una vida genésica desarreglada y enhebrada en aventuras de toda índole, con la inmoralidad sexual senil. Los antecedentes individuales tienen en este particular una enorme importancia, y no es extraño que un sujeto de vida pretérita sinuosa, presente en la vejez una exacerbación sexual acorde con sus propios antecedentes. Lo patológico, es el cambio fundamental de una conducta normal y equilibrada en lo sexual hacia el desenfreno desvergonzado propio de los estados de senilidad patológica.

Para terminar esta transcripción digamos algo sobre el misticismo religioso de los viejos de que tanto se habla y para lo cual hay que establecer diferencias. La proximidad del fin irremediable, el sentirse seguro de que la ineluctable señora de los ojos insondables se acerca próximamente, sume a algunos sujetos en un estado de arrepentimiento interior sobre actos de su vida pasada, que se proyectan en un afianzamiento de sus creencias religiosas. Son los ilusos que han malgastado su vida inútilmente sin pensar que los años pasan y que lo único que tranquiliza hasta el final es una vida en Cristo, una vida de ideal, recta, conforme al evangelio. Son los malos cristianos, los malos practicantes

de cualquier credo que la vejez acosa con remordimientos. Esto no es, desde luego, patológico. El ejercicio de la libertad ético-religiosa, cobra en algunos viejos caracteres de gran intensidad, sin que, sin embargo, pueda considerárseles como anormales. Anormalidad hay cuando este ejercicio libre se encuentra interferido por signos y síntomas de angustia y de ansiedad derivados de complejos ideo-afectivos depresivos. O cuando como ocurre con acciones como la de un pobre célebre millonario nuestro que póstumamente se le dio por regalar campanas para templos y lámparas coruscantes como si por el rejo de ellas pudiera subir al cielo un olvidado perenne de Dios y de sus criaturas o si la luz de esos lampadarios le fueran a iluminar el paso por el oscuro túnel de la eternidad a quien en su aberrante vida fue oscuridad llevando oscuridad. Aquí terminamos la descripción somera de lo que es una vejez normal.

Hecha la descripción de cómo una vejez, o cómo puede caracterizarse una vejez normal, pasamos a enumerar los rasgos o síntomas que conforman la vejez patológica, o sea lo que se ha venido llamando estado demencial senil o demencia senil, el único cuadro de patología mental que se le pudiera incrustar, sin un examen síquico, a Doña Francisca Bohórquez Gómez.

Como lo anota Vallejo Nájera en su estupendo tratado de Siquiatría,, la demencia senil representa en último término la exageración de la debilidad síquica que normalmente sobreviene en la ancianidad, consecutiva a la paulatina atrofia cerebral.

La presentación de los síntomas seniles demenciales ocurre en edad muy diferente en cada caso, pero lo más común es entre los sesenta y cinco y setenta años en las ciudades y algo más tarde entre los campesinos. La causa de la presentación de la demencia senil se ignora en absoluto. Es frecuente que sea puesta en marcha por una afección infecciosa, muchas veces una bronconeumonía, o un traumatismo, en particular las fracturas de las extremidades tan comunes en los viejos. Los primeros síntomas que aparecen son los relativos al trastorno del carácter y del comportamiento social. Los rasgos del carácter trasfórmanse grotescamente de muy característica manera: la tendencia al orden en pueril pedantería, el ahorro en avaricia patológica, la prudencia en desconfianza, la firmeza en estúpida terquedad. Paralelamente sobreviene una debilitación de los sentimientos éticos o embotamiento moral, producto mixto de la perturbación afectiva y de la debilitación de la

comprensión y elaboración de las ideas, embotamiento ético que trasciende sobre todo en una incontinencia sexual muy típica, pues por lo común consiste en exhibicionismo y atentados al pudor de menores. La excitación sexual llama tanto más la atención cuanto que hacía largo tiempo que el sujeto había perdido el apetito genésico y se sentía impotente.

Simultáneamente a los anteriores trastornos se desarrolla una debilitación de la afectividad, traducida en una progresiva indiferencia afectiva, hasta el punto de que los enfermos llegan a no conmoverse ni interesarse por nada que no sea la satisfacción de sus necesidades vegetativas. Empero, el senil, en las primeras fases de la enfermedad, es un sujeto sumamente irritable, sobreviniéndole por nimios motivos explosiones coléricas fugaces y violentas, que pueden terminar en patéticos lamentos y llantinas.

Algunos seniles se vuelven extravagantes, llaman la atención por la indumentaria juvenil y optimista, por la fanfarronería y elogios que hacen de sus propios méritos y elevadas amistades, por su afán de mezclarse en las reuniones, tertulias y diversiones de jóvenes, asistiendo a bailes y juergas en prostíbulos.

Otros síntomas cardinales que se destacan desde el comienzo de la demencia senil son los trastornos de la memoria. Ante todo hay una deficiente rememoración, la cual conduce progresivamente a que el enfermo utilice menos recuerdos, llegando a preguntar y referirse de continuo a unos pocos y mismos hechos. Nótese tal pérdida de la memoria de evocación sobre todo en el orden cronológico de los sucesos de la vida, perdiéndose en primer lugar los adquiridos recientemente, y reduciéndose el recuerdo de manera gradual hasta que sólo rememoran los acontecimientos de la infancia. Se olvidan las fechas de la boda, las del nacimiento de los hijos y nietos, también el nombre de los hermanos fallecidos e incluso el número de hermanos e hijos que han tenido. La amnesia de evocación puede ser tan profunda en algunos casos, que se olvide haber estado casado, la profesión ejercida, todos los acontecimientos que no se refieran a la primera juventud e infancia. Como consecuencia de tales trastornos, y también de la habitual pérdida de la memoria de fijación, el enfermo refiere repetidamente el mismo insignificante episodio, reitera actos que había ejecutado momentos antes, por ejemplo, volver a visitar a un enfermo y recibir viejas y resabidísimas noticias como algo nuevo experimentando emoción igual a la de

la primera vez que la recibió. El senil fabula menos que otros dementes orgánicos, pero frecuentemente se sirve de la fantasía para disimular las fallas de su memoria, y de innumerables trucos para ocultarlos a las personas que le rodean, sin que le martirice ni preocupe gran cosa al valerse de tales subterfugios.

Como síntomas esenciales de la demencia senil, aparecen los trastornos intelectivos desde los primeros instantes de la enfermedad, aunque tardan en percibirlos las personas del medio ambiente. El demente senil se manifiesta muy pronto torpe de entendimiento, comprende difícilmente las nuevas ideas, pues se pierde la capacidad de concentración de la atención, al mismo tiempo que la percepción se hace lenta e imperfecta, con lo cual los engramas se fijan muy débilmente, establecen a duras penas asociaciones lógicas a la vez que se reduce la energía asociativa. Tales trastornos se traducen en la dificultad o imposibilidad de establecer comparaciones y juicios, de abarcar una serie de ideas algo extensa, de representarse todos los términos de un pensamiento, y con ello enjuiciar una situación concreta. En consecuencia, el enfermo se adhiere a los detalles, y, sirviéndose indistintamente de pensamientos importantes y baladíes, cuando refiere algo, lo hace con desorden, tocando diversos puntos, uno enlazado inconexamente con el anterior, sin terminar ninguno ni concretar una solución. De la naturaleza de los trastornos intelectivos indicados infiérese que difícilmente el demente senil adquiere nuevos puntos de vista o conocimientos, aunque las circunstancias sean favorables, habiendo de servirse del caudal que tiene almacenado, cada vez más empobrecido.

La escasa agilidad síquica del demente senil, consecutiva a los trastornos mnésicos e intelectivos que hemos descrito, necesariamente ha de manifestarse en sus voliciones y resistencia a las sugerencias, aunque la natural desconfianza le defienda contra las últimas.

La orientación alopsíquica piérdese poco a poco, en los primeros tiempos sólo durante la noche y pasajera y luégo de manera más permanente y también durante el día. Se pierde la orientación de lugar, llegando a perderse asimismo la de tiempo, de modo que el enfermo ignora no sólo la fecha, sino también el año y hasta el siglo en que vive. Cuando la demencia es muy profunda, llega a perderse igualmente la orientación autosíquica.

Salvo en los casos que existe pueril euforia, predomina en los dementes seniles el afecto fundamental deprimido, depresión unas veces

simple, con frecuencia ansiosa, con la particularidad de exacerbarse vespertinamente y atenuarse de madrugada. Raramente se observa en los seniles fases maníacas que pueden llegar a la forma agitada. Las distimias indicadas suelen acompañarse de ideas delirantes, ligadas al afecto fundamental de grandeza o pequeñez según se trate de una depresión o de una hipomanía, habitualmente insensatas e hipocondríacas.

No son raros los delirios o confusiones oníricas de la más variada especie y alucinaciones.

La incoercible locuacidad suele ser síntoma constante en la demencia senil, locuacidad sin contenido ideativo, perseverante en el tema, —sucesión semicoherente de nimios sucesos al lado de otros más importantes—, pedante e insoportable, rica en estúpidos y desafortunados giros. Discursea el senil continuamente, sin ocultar intimidades, sobre su conducta, sus bienes, sus disgustos y satisfacciones, y habla igualmente a conocidos y desconocidos. Las disgregaciones son tantas y tan escasas las ideas, que olvidan el tema principal, pierden el hilo del discurso, vuelven a repetir las mismas tonterías con más inútiles detalles. Vélese de corto número de frases, de interjecciones y aspavientos, que aplican a cada tema, sin fondo alguno en la conversación, vacua, cargada de muletillas. Frecuentemente no encuentran la palabra que buscan, se detienen un momento, emplean la primera que encuentran, y prosiguen su pesado discurso. Idénticos trastornos se aprecian en el lenguaje escrito.

La demencia senil tiene un curso esencialmente insidioso y lento, rara vez brusco a causa de infección o traumatismo. La evolución es progresiva y fatal hacia la profunda demenciación, aunque a veces puede detenerse la marcha durante algún tiempo, para precipitarse luego sin causa aparente. La duración se calcula entre cinco y diez años, cuando no causa la muerte una enfermedad intercurrente o la caquexia.

Lo anteriormente descrito, es, Señor Juez, un resumen completo de las descripciones de la sintomatología de la demencia senil que se encuentran en los principales tratadistas como Vallejo Nájera, Mira y López, Kraepelin, V. Truelle, López Ivor, Ruiz Maya y otros y que nos hemos permitido transcribir, puesto que el caso entregado a nuestra pericia sólo sería posible encuadrarlo dentro de una demencia de ese

tipo. De modo que, teniendo en cuenta las anteriores nociones, vamos a informar lo que encontramos en Doña X. Y.

Somáticamente encontramos en Doña Ana Francisca Bohórquez Gómez un estado de ancianidad por encima de lo normal. A pesar de sus 78 años, no tiene hipertensión arterial ni signos de bronquitis crónica o bronquiectasia. Las arrugas y las manchas de su piel, son las de una persona de menos edad. Su corazón marcha perfectamente y dice que nunca en su vida ha sufrido enfermedades distintas a una fractura de la muñeca izquierda mal consolidada por absurdo tratamiento y otra fractura de la cadera del mismo lado con regulares secuelas pues no le impiden la marcha ni necesita de muletas o bordón.

En cuanto a su personalidad, su siquismo, lo exploramos en sus más íntimas reconditeces. Indagamos sobre su novelesco, trágico e incomprensible matrimonio. Supimos de su vida prisionera en su propia casa. De la terrible espada de Damocles que representaba para ella, a su edad y con la sola compañía de una joven, la beodez habitual de su segundo “marido”. De la miseria en que tenía que vivir por no poder disponer a su antojo de su propio dinero. Del calvario que ha sido su vida con su último “esposo” y de la paradisíaca que fue con su nunca bien lamentado primer marido. De la genuina crueldad mental y física a la cual ha sido sometida por *el aventurero sentimental*. Del miedo, del temor que poco a poco la fue embargando. Temor lógico y normal, pues un borracho en actitud agresiva y diaria como lo era el *comerciante sentimental*, infunde terror hasta en un panóptico. De la *actitud canalla como marido del beodo* de marras que solamente en tres ocasiones le dijo “mija” y la acarició fingidamente para obtener sendas firmas en su contra y obtener con descabellados negocios dinero de la herencia que se propuso explotar y poder continuar así, sin mayores esfuerzos, su vida bacante de Dionisio pueblerino en el paraíso de alcohol que era la cantina cercana a la casa de la señora, entre turíferos beodos y sicarios capaces de cambiar por aguardiente elogios, calumnias, juramentos falsos y *hasta asesinatos*. Supimos igualmente, y es cosa que nos llena de extrañeza, la indolencia de las autoridades y de la ciudadanía del pueblo en donde por tanto tiempo fue torturada esta señora sin que nadie le ayudara. Tal vez el dinero de ella malgastado por el aventurero, anestesió a esa sociedad la cual se encargó de desviar la lógica justicia.

La única actitud de vesania que a través de toda su historia y de los exhaustivos interrogatorios a que la sometimos, fue el matrimonio

con el joven aventurero tan precipitado y que la precipitó en la desgracia. Pero aún para ello puede haber explicación: la soledad, la necesidad de alguien que la apoyara y le manejara la gran herencia, su orgullo de vieja aún hormonada que se sintió halagado ante la intempestiva propuesta hecha bajo *la sugestividad alcohólica* y sin lugar a dudas, la feliz experiencia de su anterior matrimonio. Su sentimiento de soledad y su deseo de cariño joven, —pues había tenido la mala suerte de no tener hijos—, la intoxicaron, la obnubilaron pasajeramente hasta entregarse en el sacrificio de un matrimonio absurdo y criminal por parte del explotador que vio en él la manera de vivir holgadamente gastando lo que otro a fuerza de trabajo honrado había conseguido.

No nos pareció anormal, ni mucho menos, su fuga hacia Medellín. Ya lo dijimos al estudiar la vejez normal que no son raras las *fugas precipitadas y casi ciegas del "hogar"* o de un sitio en donde su necesidad de afecto no es satisfecha, en busca desesperada de lo que normalmente ansían con tanto ímpetu: cariño y comprensión. Solamente el viejo normal se fuga del ergástulo espiritual en donde lo confinan o los familiares sin alma o los aventureros del amor como en el caso de Doña X. Y.

Yendo más al fondo investigamos si padecía trastornos del carácter, encontrando que los rasgos del carácter están en plena normalidad. Su tendencia al orden es adecuada sin asomos de pueril pedantería; no muestra signos de ser avara y su prudencia y firmeza en todo lo que comenta no demuestran ni desconfianza patológica ni terquedad. No hay debilitamiento de los sentimientos éticos ni mucho menos embotamiento moral. Nunca ha dado pruebas de incontinencia sexual ni ha sido exhibicionista. Antes, por el contrario, ha vivido preocupada por defender la virtud en la joven que le ha servido de dama de compañía, ante las *brutales* y casi diarias embestidas de su "*marido*" beodo.. —No hay debilitación de la afectividad que se traduciría en progresiva indiferencia afectiva. Muy por el contrario, vibra ante el recuerdo de su primer marido con el cual fue feliz y recuerda con cariño a sus hermanos muertos.

No encontramos tampoco irritabilidad del carácter. Nada habla en ella de extravagancia, de querer llamar la atención por su indumentaria, de fanfarronerías ni le escuchamos elogios de sus propios méritos o hacer alarde de elevadas amistades. Todo a este respecto lo encontramos en la total normalidad.

Investigándole trastornos de la memoria comprobamos que no hay deficiente rememoración, pues la Señora X. Y. utiliza abundantes recuerdos sin tener que referirse, en todas las largas charlas que con ella sostuvimos, a unos pocos y mismos hechos. No tiene pérdida de la memoria de evocación en el orden cronológico de los sucesos de la vida. Recuerda tanto y tan perfectamente los acontecimientos del momento, de la víspera, de hace pocos meses, de hace algunos años, como los de su ya remota y bella juventud, que nos llenó de admiración. No ha olvidado las fechas de los acontecimientos más importantes de su vida ni aún la de los nimios. Recuerda el nombre de sus familiares y amigos ya fallecidos. No tiene ni el más mínimo asomo de amnesia de evocación. No ha olvidado nada de los acontecimientos de su infancia, juventud y edad adulta. Sin dificultad podía escribir, como las describe, las memorias de su vida. No reitera, no refiere repetidamente el mismo episodio, pues no hay pérdida de la memoria de fijación. No se sirve de la fantasía para disimular fallas de su memoria, pues no las tiene.

En cuanto a su inteligencia, es sorprendente, causa admiración la ausencia total de trastornos intelectivos, pues ni siquiera tiene la decadencia mental normal de la mayoría de los que llegan a su edad. Su lucidez mental a tan avanzada edad, es de las que traen de inmediato a la memoria a los grandes ancianos jóvenes como al optimista Jorge Clemenceau, el famoso "Tigre", que a los ochenta y tres años de edad se paseaba erguido y solo por los bulevares de París lanzando miradas cariñosas a los "midinettes" casi impúberes y una tarde cuando le visitó en su residencia el famoso doctor Voronoff, muy célebre en aquellos días por su procedimiento para rejuvenecer a las personas mediante la inyección de sueros, el viejo "Tigre" contestó: "Muy agradecido doctor Voronoff; pero ¿no cree usted que sería mejor esperar a que yo sea viejo?".

Doña X. Y. no es torpe de entendimiento; comprendió fácilmente todas las ideas nuevas que le comunicamos; tiene una capacidad de penetración de la atención aún superior a la de muchos de nosotros, como sin quererlo nos demostró al preguntarnos, en la segunda visita, sobre comentarios más o menos personales y sin importancia que hicimos con el juez y su secretario.

La percepción le funciona normalmente y fija bien los engramas estableciendo fácilmente las asociaciones lógicas a través de todas las charlas-exámenes que con ella sostuvimos. Fue capaz de establecer

comparaciones y juicios, de abarcar una serie de ideas extensas y de representar todos los términos de un pensamiento hasta enjuiciar normalmente situaciones concretas que le presentamos. No se adhiere a detalles y siempre que nos refirió algo de su vida lo hizo ordenadamente, conexamente.

Su orientación en el tiempo es normal. Dijo sin vacilaciones el año, el mes, el día y hasta la hora, cuando se lo preguntamos, de muchos acontecimientos pretéritos. La del espacio goza de igual estado. Sabe dónde vive y dónde ha vivido siempre.

No se le encontró por ningún lado signos de depresión o de una hipomanía. Todas sus lamentaciones son lógicas, completamente de acuerdo con el estado de ansiedad, de tensión, de martirio mental a que ha sido sometida durante los últimos años. Es de admirar que tantos traumas afectivos que le han propinado, no hayan lesionado su mente, fuerte como la de nuestras abuelas.

No tiene locuacidad incoercible, no discurrea. Apenas habla con perfecta lógica lo que debe decir. No tiene tampoco trastornos del lenguaje hablado.

Teniendo en cuenta lo anteriormente descrito, sacamos como conclusión lógica, absoluta, que la Señora Doña X. Y. está en pleno uso de sus facultades mentales.

Del Señor Juez atentamente,

Luis Alfonso Ramírez Gómez

ALCANCE JURIDICO DE LA ANALITICA EXISTENCIARIA

B. Mantilla Pineda.

Después que Martín Heidegger publicara *Sein und Zeit* (1927) en el famoso anuario de Edmundo Husserl —*Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, S. 1 - 438— no transcurrió mucho tiempo sin que se dejara sentir su influencia en las llamadas ciencias del espíritu —*Geisteswissenschaften*— y de modo especial en la filosofía del derecho. Tampoco transcurrió mucho tiempo sin que proliferaran las otras formas de la filosofía de la existencia con sus repercusiones en las demás manifestaciones espirituales. Aquí y ahora tengo que circunscribirme a la analítica existencial de Martín Heidegger y a su alcance jurídico.

1 - Determinación de la analítica existencial.

La analítica existencial nace con Martín Heidegger. A él se le debe tanto el concepto como la expresión. Otras dos expresiones usadas por Heidegger para expresar el mismo concepto son *Analítica ontológica* y *ontología fundamental*¹. Tal vez haya cierta preferencia de Heidegger por el uso de la expresión *analítica existencial del ser ahí*. Qué es la analítica existencial? Brevemente definida por su autor es la interpretación de la estructura del ser del ser ahí². Es la dilucidación filosófica de la cuestión *qué sea el hombre*. Ella es anterior a toda psicología, an-

1 - Martín Heidegger: *El ser y el tiempo*, p. 16, F. de C. E., México, 1951.

2 - Idem, p. 62.